

«Horizonte 92. El sueño americano entre la utopía y el apocalipsis»; el Primer Certamen Iberoamericano de Cine Infantil y Juvenil (en la primera quincena de noviembre); una exposición de tres fotografías mexicanas y una exposición y taller de cómics de Mauricio de Sousa.

Como era de esperar, la figura legendaria y ya bastante achacosa, por desgracia, del famoso cineasta mexicano Emilio Fernández, congregó una especial expectativa. Posando como reliquia, venciendo la edad y el olvido con profusas libaciones, el «Indio» (ochenta años) desgranó sus habituales diatribas sobre el comercio que degrada el cine actual. Se exhibieron varias de sus películas, entre ellas su célebre *María Candalaria* (1943), *Flor silvestre* (1943), *Salón México* (1948) y *Pueblerina* (1948), destacándose el interés intacto de las tres últimas (infravaloradas en su tiempo) por sobre el estatismo esteticista de la primera.

## Films en concurso

Desigual, pero rico en matices auténticos, fue el panorama de películas en concurso, que esta vez contó con obras de Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, México, Portugal, Estados Unidos y Venezuela. El cine argentino, que acaparó —ex equo— los premios del jurado, presentó *Asesinato en el Senado de la Nación*, de Juan José Jusid y *Los chicos de la guerra*, de Bebe Kamín.

La primera es la historia de un crimen político acaecido en Buenos Aires en la década del treinta, motivado por una resonante denuncia parlamentaria de los negocios sucios de los frigoríficos ingleses en alusión con un vergonzoso tratado de carnes entre el Gobierno conservador de entonces y Gran Bretaña. Con ese fondo de sometimiento a intereses extranacionales y turbios manejos políticos, el relato —basado en hechos auténticos— dibuja ante todo la figura del asesino, torvo, fanático y servil matón, ex-policía, instrumento, a su vez, de figuras conspicuas del caudillismo. Pese a su lejanía, la historia tiene visibles coincidencias generales con épocas recientes de triste memoria. El film de Jusid (director de *Espérame mucho*, premiado en el Festival de 1983) es un relato intenso y bien construido, con una interpretación excelente y una ambientación brillante.

*Los chicos de la guerra* trata un tema candente y doloroso: la catastrófica guerra de las Malvinas y su criminal conducción por parte de la dictadura militar argentina. Basado en un libro periodístico de Daniel Kon, el film refleja los hechos a través de una serie de adolescentes que sufren las consecuencias de la torpe aventura militar. Más acertado en las trayectorias individuales de cada personaje en la etapa previa a su ingreso en el servicio militar que en su entrada concreta en batalla, *Los chicos de la guerra* tiene visibles altibajos en la estructura de su relato y en el análisis del proceso, pero impresiona por su dramática visión de los engranajes sociales de un momento crucial de la historia argentina contemporánea.

En 1967, el director brasileño Carlos Diegues, uno de los fundadores del *cinema novo*, realizó *Ganga Zumba*, inspirado en uno de los líderes negros de la república de Palmares, fundada por esclavos insurrectos contra los colonizadores portugueses en el

siglo XVII. Casi veinte años después, Diegues retorna en forma más amplia el episodio de esta increíble historia de una búsqueda de la libertad en *Quilombo*. El tono buscado es una épica sensual, de vistoso colorido y ritmo musical. El resultado, sin embargo, es bastante decepcionante y se acerca más a la revista musical folklórica que a una visión casi brechtiana que parecía estar en su objetivo.

Otra de las desilusiones «importantes» (porque se trata de obras ambiciosas, no carentes de interés), fue la *Eréndira* de Ruy Guerra, según el guión original, luego convertido en novela, de Gabriel García Márquez. Guerra, director mozambiqueño criado en Brasil, tuvo un lugar importante en el desarrollo del *cinema novo*, sobre todo, con *Os fuzis* (1964). Su cine, oscilando entre la exuberancia pasional y el documento político, intenta con la *Eréndira* la difícil pero fascinante senda del absurdo y lo mágico. Algunas veces lo logra, especialmente en las primeras secuencias. Pero, a menudo, le sucede lo mismo que a su protagonista, la espléndida actriz griega Irene Papas: queda fuera de la magia y cae en un grotesco desubicado. Bella ambientación, música y fotografía en un film que sólo parcialmente alcanza a traducir el humor poético y fantástico de la historia original. Quizá sucede que García Márquez es mejor escritor que guionista. Uno podría preguntarse también si el internacionalismo de estos proyectos —autor colombiano, director formado en Brasil, protagonista griega, escenarios mexicanos, producción franco-alemana-mexicana— no influye en una hibridez que sin poder alcanzar una validez universal se queda en un extraño clima de país de ninguna parte.

También ambiciosa, pero frustrada por unos medios materiales excesivamente pobres, resultó *Amargo mar*, film boliviano de Antonio Eguino, que junto a Jorge Sanjinés representa el cine más valioso de su país. *Amargo mar* es una obra de revisión histórica sumamente polémica: trata los inicios de la guerra con Chile, a la cual luego se sumó Perú y que concluyó con la ocupación de Lima y la pérdida del litoral boliviano del Pacífico. Las sórdidas motivaciones económicas y comerciales, la complicidad de ciertos jefes bolivianos en la derrota, revelan una historia diferente a la conocida y que Eguino reivindica como verdadera. Lamentablemente, el notable realizador de *Chuquiago* no tiene los recursos necesarios para hacer un film de época y el relato padece elementalidad y enfatismo en su interpretación.

Jaime Humberto Hermosillo es uno de los cineastas más apreciados en México, por la coherencia e interés de su temática, casi siempre referida a situaciones límite de personajes aprisionados por la soledad, el sexo y las represiones sociales. Pero su originalidad como autor no parece ir unida a una similar capacidad de expresión; sus films adolecen de una plomiza chatura visual y una singular carencia de imaginación cinematográfica, que resulta difícil justificar como una opción deliberada de «puesta en escena» neutra. *El corazón de la noche* es un buen ejemplo de lo dicho: es la historia de amor entre un modesto maestro de escuela de conducción automovilística y una joven muda protegida por un misterioso ciego... Poco a poco se descubre detrás una verdadera hermandad de minusválidos de distinta especie (algunas impresionantes) que impedirán la unión de uno de los suyos con un «normal». El relato es bastante original y fascinante, pese a sus similitudes con el *Informe sobre ciegos* de Sábato y *La guerra del cerdo* de Adolfo Bioy Casares, pero el film, correctamente realizado,